

LOS ENANITOS JARDINEROS

POR CONSTANCIO C. VIGIL



BIBLIOTECA INFANTIL ATLANTIDA



Conf. a H. D'úa
3-IV-51 Obras de Constancio C. Vigil

- El Erial. — 23^a edición en castellano.
Las Enseñanzas de Jesús. — Con las debidas licencias. 2^a edición.
Reflexiones Cristianas. — 2^a edición.
Las Verdades Ocultas. — 4^a edición.
La Educación del Hijo. — 7^a edición.
Amar es Vivir. — 5^a edición.
Vidas que Pasan. — 3^a edición.
El Hombre y los Animales. — 3^a edición.
El Maiz, Fabuloso Tesoro. — 2^a edición ilustrada.

PARA LOS NIÑOS

- ¡Upal! — Libro con método original del autor para aprender a leer. 17^a edición.
La Escuela de la Señorita Susana. — Primer libro de lectura. 12^a edición.
Compañero. — Lecturas para niños de 8 a 10 años. 11^a edición.
Mangocho. — Relato de la vida infantil del autor, quien se identifica con los demás niños. 10^a edición.
Marta y Jorge. — 20^a edición.
Alma Nueva. — Lecturas adecuadas para la niñez y la juventud. 9^a edición.
Cartas a Gente Menuda. — Conjunto de cartas muy breves, con bellas ilustraciones en colores, que ningún niño, ninguna niña, dejarán de leer con encanto y provecho positivo.
Vida Espiritual. — Es un manual para la dignificación del niño, dividido en 5 tomitos independientes entre sí, del cual se agotan continuamente copiosas ediciones.
Cuentos. — Son veintidós los cuentos de Constancio C. Vigil editados como el presente en otros tantos volúmenes, cuya lista completa se halla en la contratapa de este libro.

Lista de precios a disposición de quien la solicite
Editorial Atlántida, Florida 643, Buenos Aires.

LOS
**ENANITOS
JARDINEROS**

POR

CONSTANCIO C. VIGIL

C. 101.3d3

4^a Edición de 30.000 Ejemplares

Volumen 1

1P271.175

EDITORIAL ATLANTIDA
BUENOS AIRES

Ilustraciones de Federico Ribas.



Derechos reservados
Hecho el depósito que marca la Ley.
Printed in Argentina

LOS ENANITOS JARDINEROS

JULIÁN y Ramona viven en un gran tonel, en las afueras de aquel pueblo, que es como un damero formado por cuadros iguales de huertas y jardines.

Les dicen Los Enanitos Jardineros porque antes tenían un precioso jardín, pero en realidad poseen experiencia y suma habilidad en toda clase de cultivos.

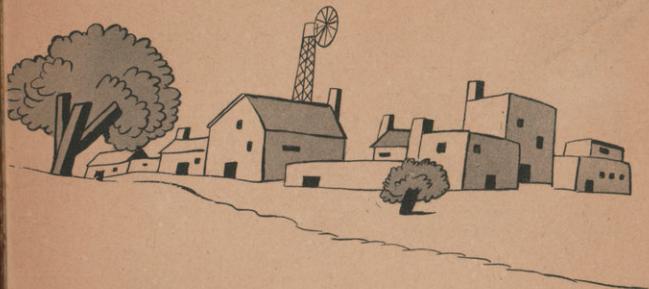




Como son muy viejitos y muy queridos, los vecinos no les permiten trabajar. Les han regalado aquel tonel para que les sirva de vivienda y les proporcionan cuanto necesitan.

Grandes y chicos vigilan a los enanitos para que no se impongan ninguna tarea y cuidan de que no les falte nada. En efecto; durante el día ellos no hacen otra cosa más que pasear, contemplar los cultivos, dar los consejos que les solicitan y averiguar lo que desean saber.

Cuando se despiden y se retiran, al acabarse la tarde, son muchos los que miran desde lejos el tonel y dicen: "Ya están allá; han encendido la luz". Luego, cuando el tonel queda a oscuras, dicen: "Ya están en sus camitas, y en seguida se dormirán". Y las madres, entonces, hacen dormir a los más pequeñitos cantándoles así:



*Cierra los ojitos,
ciérralos, mi bien,
ya no hay luz ninguna
dentro del tonel.*

*Ya los enanitos
dormidos están,
pronto mi tesoro
también dormirá.*

Poco después los mayores, vencidos por el sueño, se acuestan y se duermen, pues, de costumbres sencillas, dedicados a las labores de la tierra se levantan al mismo tiempo que el Sol.



Pero así como grandes y pequeños miran hacia el tonel, así Julián y Ramona miran por la ventanita, después de apagar la luz, para enterarse de que todos en el pueblo duermen. Y cuando esto sucede, se disponen a salir.

—Visitaremos primero — dice Julián — la huerta de Pe-
rico. No hay duda de que sus lechugas son espléndidas.

—Nadie las tiene iguales — dice Ramona.

—Después — agrega Julián — iremos hasta las escarolas de Manuel.

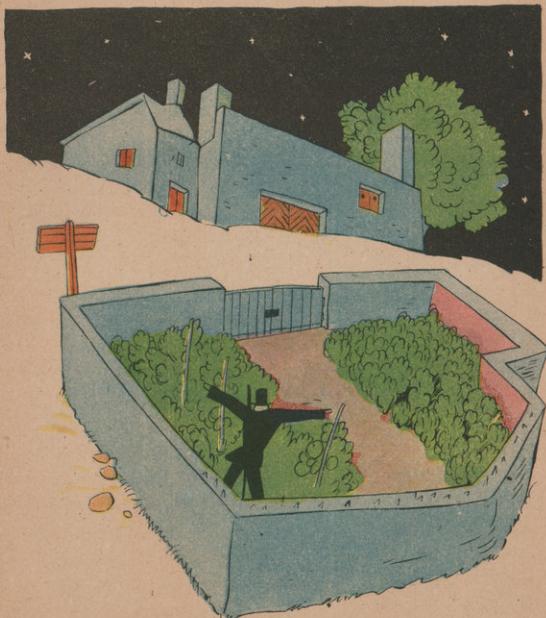
—Ya oíste — observa Ramona — que las vende a gran precio, y los demás, ¡pobrecitos!, regresan del mercado con las suyas.

—Es que son de mala clase — aclara Julián. — La gente de la ciudad quiere en todo lo mejor.

—Felizmente — dice ella — hay muchas plantas con la semilla en sazón.

—¡Manos a la obra! — exclama Julián. — Yo llevo la linternita; toma tú las bolsitas, y andando, que ya tenemos trabajo para esta noche.

Bajan por la escalerita y avanzan con paso rápido y seguro.





LADRA un perro, pero en cuanto se acercan los re-conoce y calla. Julián lo lla-na, le acaricia la cabeza y le pregunta en voz baja:

—¿Qué es eso, León?...
¿Ya te has olvidado de tus amigos?

León los acompaña un trecho y, después de recibir otra caricia, vuelve a ocupar su puesto de guardián.

Doblan hacia la derecha; otros perros ladran, se acercan y callan, lo mismo que León.

Por fin, los enanitos llegan a la huerta de Perico.

Sin vacilar, como buenos conocedores del terreno que pisan, se dirigen al cuadro de las lechugas.

Ramona alumbría con la linterna y Julián junta semillas hasta llenar una bolsita.

Luego se dirigen a la huerta de Manuel, renombrada por sus escarolas y achicorias.

—Ahora les toca el turno — dice Ramona — a los repollos de José. Son grandes y macizos como la cabeza de un muchacho.

—Vamos, vamos allá — agrega Julián. — Precisamen-

te me fijé esta tarde que es el momento oportuno.

Y hacia la huerta de José y hacia otras más se dirigen y recogen en abundancia los granitos de valiosas semillas.

Terminada la tarea de aquella noche vuelven a su tonel; rezan y se duermen.

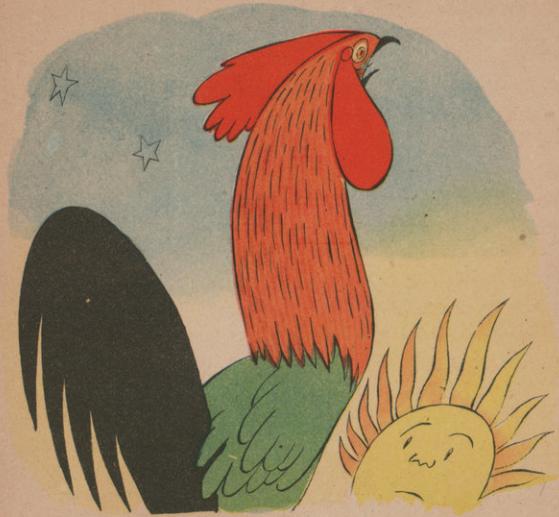
Así, noche tras noche, aumentan las reservas de simiente. Lo mismo hacen con los bulbos de dalias, lirios y gladiolos, que allí se cultivan en grandes cantidades.

En otras ocasiones se dedican a hacer lo mismo en los cultivos de clavelina, arvejilla, campanillas, reseda y alelí, que son flores preferidas para la venta en el mercado.

Luego, en el tiempo oportuno se dedican a la siembra. Entonces salen, Julián con el escardillo al hombro y ella con la linterna. Los dos llevan bolsitas de semillas.

En los almácigos recién sembrados quita Julián la mala semilla y la reemplaza con la buena, que cubre de tierra menuda con tal arte que nadie nota el cambio realizado.





Lo mismo hacen con los bulbos: sustituyen los de clase inferior por los que dan las más hermosas flores.

A veces demoran mucho en sus tareas y al oír cantar a los gallos, dice Ramona:

—Vamos, Julián; viene el día.

—Sí — contesta Julián. — Vámonos ligero, porque estas gentes son muy madrugadoras.

Y a paso presuroso, casi corriendo, regresan al tonel y se acuestan para descansar de los trajines de la noche.

FÁCIL es imaginar la emoción y la sorpresa de los habitantes de aquel pueblo al encontrar de pronto entre sus cultivos las plantas ambicionadas.

Con frecuencia, a los mismos enanitos les cuentan alborozados tales hallazgos, y les preguntan si serán las abejas o las aves, los vientos o las aguas que trajeron hasta su huerta la venturosa simiente.

—Mis lechugas — dice uno — son ahora tan admirables que no irán superiores al mercado.

—También a mí — dice otro — me han nacido unas flores como no las tuve nunca. Estoy seguro de que por ellas me pagarán diez veces más que antes.

Y así hablan, maravillados de su buena suerte, contentos de poder vivir con mayor bienestar.



Pero los enanitos no descubren a nadie su secreto y continúan de noche sus misteriosas tareas.

—Los pobrecitos — suelé decir Julián — no conseguirían nunca por sí solos las mejores variedades de cada cultivo y es necesario ayudarlos.

—Algunos aseguran que son milagros de Dios — dice Ramona.

—Y son milagros, verdaderamente — explica Julián. — Dios se vale de nosotros, como también, si quisiera usaría el agua o el viento para repartir sus beneficios.

El tonel que les sirve de vivienda es para ellos una verdadera casa y está asentado en basamento de piedra, de manera que las lluvias no pueden perjudicarlo.

En un extremo tienen las dos camitas; en el otro, la mesa para comer; al lado de ella, tres sillas, y en un rincón, la pequeña cocina para preparar los alimentos.

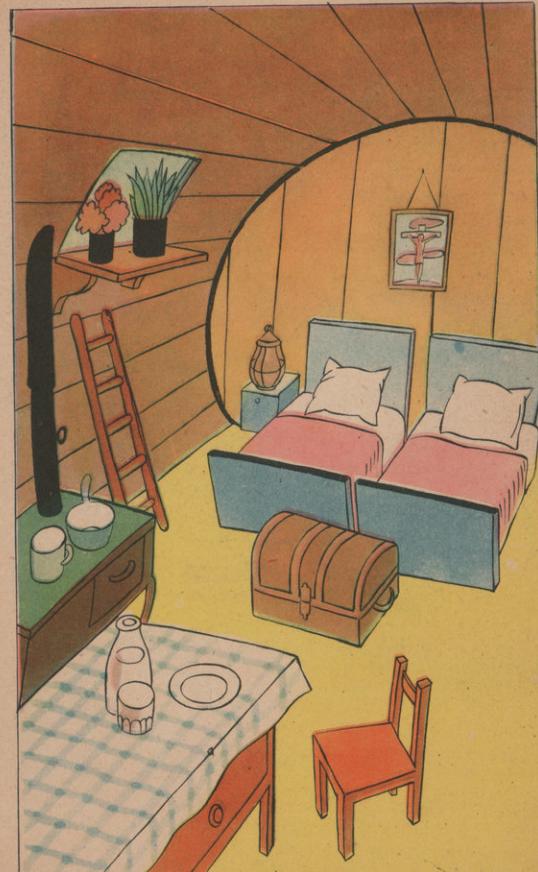
Sobre un estante se ven las herramientas, y en otros, las semillas y los bulbos, con apuntes que ellos solos entienden.

En medio de sus afanes, para que todos tengan las más lindas flores, las más ricas frutas y las mejores verduras, no olvidan los enanitos ningún otro bien que pueden realizar.

Ellos, tan pequeñitos, hacen lo que nadie sabe quién lo hizo, y cuanto sirva para alegrar los corazones.

Para enterarse de las necesidades de los vecinos son los paseos que efectúan durante la tarde. Pero tienen, además, quien los ayuda con sus informaciones.

Al mediodía y a la hora de la cena siempre aparece un cuervo en el arbolito próximo al tonel.



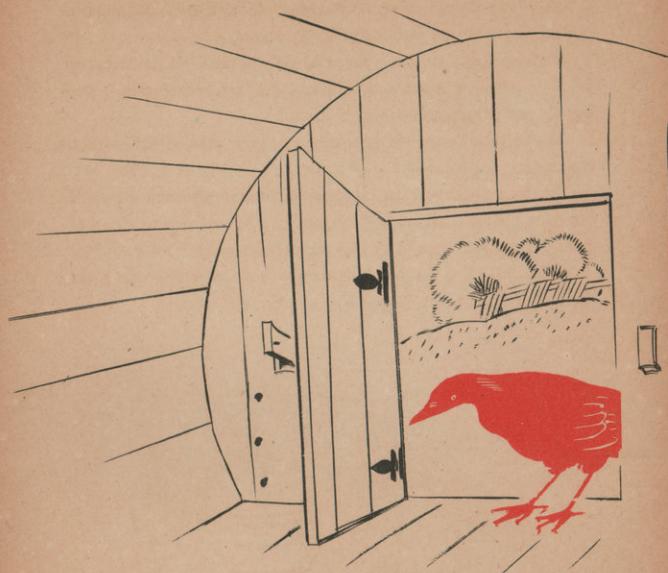
Este cuervo es un antiguo amigo de todos los del pueblo, que lo conocen con el nombre de Pancho.

Pancho anda de casa en casa, de ventana en ventana, de árbol en árbol, y juega con los niños más pequeños, que lo persiguen en sus carreritas por el suelo.

Nadie sabe cómo vino o quién lo trajo, pues es único en su especie en la región.

En las pequeñas y en las grandes fiestas, allí está él; en las horas de tristeza, allí está él. Jamás hay novedad o tarea en alguna huerta a la que falte Pancho como testigo.

Duerme en un árbol corpulento y frondoso de la plaza, llamado "el árbol de Pancho".



Cuando los enanitos van a sentarse para comer abren la puerta y entra Pancho. En seguida extiende y cierra las alas y queda convertido en un enanito más viejo y más encorvado que Julián y Ramona, a la cual se parece. Le da un beso a cada uno y ocupa la tercera silla ante la mesa.

— Hermanito — le dice Ramona, pues es hermana de él, — no te olvides de averiguar lo que sucede en casa de los Gutiérrez. Tienen la huerta en un abandono lamentable.

— Ya lo sé — contesta Pancho. — Sucede que no venden nada en el mercado, que todo se lo rechazan por inservible.

No les falta voluntad para el trabajo. Siembran con cuidado, mantienen la tierra sin yuyos, y con abundante riego; pero son muy testarudos y emplean pésima semilla, desoyendo el consejo de los entendidos. ¡Ahora se sienten descorazonados y van perdiendo el amor a la tarea!

—Dios proveerá — dice Julián. — Y dime: ¿qué le pasa a la señora de Quintín, que la hemos encontrado ya dos veces muy triste y con los ojos enrojecidos como si hubiera llorado?

—No lo sé — responde Pancho.

—Entérate cuanto antes; quizás logremos aliviar su pena.

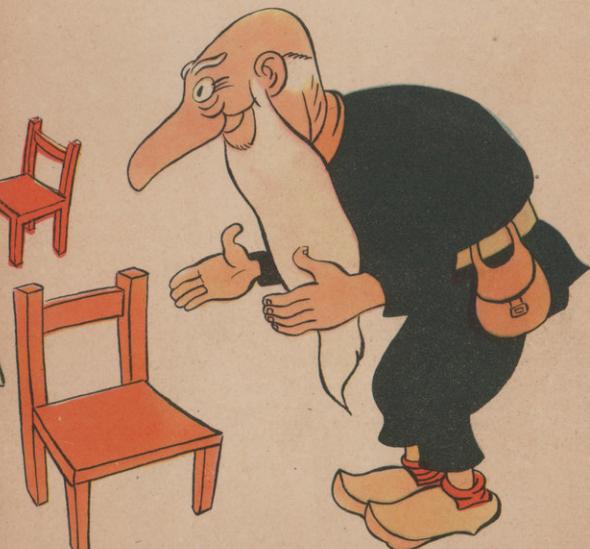
Durante la comida hablan de las dificultades que tienen otros vecinos y de la mejor manera de ayudarlos.



Luego, Pancho se despide, recobra la figura de cuervo, le abren la puerta, vuela y continúa en sus recorridas hasta la hora de la cena, en que se repite todo como al mediodía. Despues, el viejo cuervo se va a dormir en su árbol de la plaza.

Quien mucho ama, mucho puede, dicen los enanitos. También afirman que a veces los más humildes suelen servir para que la bondad de Dios se manifieste.

A ^Lretirarse Pancho, después del almuerzo, los enanitos se asoman para ver si ha llegado Jofina. Poco tarda en aparecer. Es una hermosa cabra de piel sedosa y renegrida,



con una mancha blanca en cada lado del cuerpo. En cuanto la ven le dicen:

—Sube, querida, sube.

Y Jofina trepa por la escalerilla y entra en el tonel, con claras muestras de satisfacción.

Los enanitos la acarician, la besan y con un paño le limpian delicadamente los ojos, las narices y las orejas.

Luego colocan en el suelo una palangana con los manjares reservados para ella, que come con fruición.

Jofina es una cabra que tiene su historia, y ella es la siguiente:



La paz había desaparecido en un humilde hogar de los suburbios. El jefe de ese hogar debió trasladarse a otra localidad, por motivos de trabajo, y su ausencia duraría dos meses. La madre quedó sola con su nene de un mes, que lloraba de hambre día y noche y estaba cada vez más flaquito.

En esta situación, una señora hizo a la afligida madre el inmenso favor de regalarle una cabra.

La señora le aconsejó a la madre que, en vez de ordeñar a la cabra, acostumbrara a la criatura a mamar en ella como si fuera un cabrito.





A los pocos días el niñito tenía mejor aspecto, ya no lloraba como antes y era evidente que aumentaba de peso.

Lo acostaba la madre en el suelo, sobre un colchoncito; llegaba la cabra y se colocaba en posición tan cómoda que el niño mamaba con suma facilidad.

La madre tenía buen cuidado de lavar siempre la ubre de Jofina.

Cuando la cabra pacía, y lloraba el pequeño, acudía prurosamente y ella sola le daba de mamar.

Poco a poco Jofina cobró cariño al nene. Ni el perro ni el gato podían acercársele, porque ella lo impedía.

Cada vez que salía al campo se detenía de trecho en trecho para llamar con sus balidos al niño. Le costaba convenirse de que no la acompañara.

Una tarde, por necesidad urgente, la mujer tuvo que ir hasta otra población algo distante. Dejó al hijito dormido en la cuna, cerró la puerta con llave y partió.

Jofina quedó afuera comiendo hierba. Iba la madre con el propósito de volver lo antes posible, pero de pronto estalló una tormenta acompañada de lluvia torrencial. Como el terreno no era allí bastante bajo, la casita fué rodeada por las aguas.

Al iniciarse la lluvia Jofina se aproximó a la casa para entrar, pero halló la puerta cerrada. Las aguas aumentaban por momentos su nivel y entraban por las rendijas de la puerta.

La inquietud de Jofina iba en aumento y con el agua al pecho andaba de un lado a otro cada vez más nerviosa.

En tan grave situación, el noble animal realizó un acto que parecería increíble. Se dirigió hacia una casa próxima y dió con la cabeza golpes en la puerta, hasta que la atendieron.

Al salir los vecinos para ver quién llamaba se encontraron con la cabra, y comprendieron que el niñito se hallaba en peligro. Fueron sin demora a la casita, atravesando la laguna

formada por las aguas, y al forzar la puerta comprobaron que, si tardaban pocos minutos más, la criatura hubiera perecido ahogada. De inmediato se la llevaron, en espera de la madre. Cuando ésta pudo volver y se enteró de la milagrosa salvación del hijo, se arrodilló emocionada ante la cabra y la abrazó como a una persona.

La cabra era querida y estimada por todos los vecinos. Disfrutaba de entera libertad y al llamarla los niños, ella se aproximaba y recibía sus caricias y también algún bocado apetitoso.



Un vecino mandó hacer para ella un collar, en el que se leía lo siguiente:

“Salvó dos veces la vida de un niño”.

Una vez fué al amamantarla; otra, al evitar que pereciera ahogado.

Esta era Jofina, la cabra amiga de los enanitos, que diariamente los visitaba y a la que ellos retribuían su cariño con las más delicadas atenciones.

Un día, mientras almorzaban, dijo Pancho:

—Me encargaste, Julián, que averiguara por qué está triste y por qué llora la señora de Quintín. Por fin pude enterarme: ¡quiere un bebito!

—Quiere un bebito — repitió Ramona — y seguramente se lo pide a las garzas, y ellas le dirán que está bien, y no se lo traen nunca.

—Eso es lo que sucede — exclamó Pancho.

—Convéncete, Julián — dijo Ramona. — Las garzas no hacen caso de los pedidos de bebitos. ¡Es preciso conseguir que los traigan las cigüeñas!

—Esa es la solución — afirmó Pancho. — Las cigüeñas son más serias, son incapaces de faltar a una promesa.



Julián estaba callado y con los ojos cerrados, como pensando. Después de un rato, dijo:

—Bien veo que esa es la única manera de arreglar este asunto. Las lágrimas de la buena señora de Quintín me hacen tomar la decisión. Mañana iré a entrevistarme con la cigüeña más vieja. Es la que vive en la Laguna Verde.

—¡Demasiado lejos para ti! — exclamó Ramona.

—No importa — replicó Julián. — Esta noche nos acostaremos más temprano y antes que salga el sol me pondré en marcha. Si todo sale bien, estaré aquí de regreso al anochecer. Prepárame algo para merendar. Le llevaré a la cigüeña, como obsequio, algunas vedoras, que juntaré en el camino.





Amanecer, ya estaba Julián en viaje hacia la Laguna Verde.

Llegó casi al mediodía. Tuvo la felicidad de hallar a la cigüeña más vieja, la cual estaba parada en una pata, muy cerquita del agua.

Julián la saludó con gran respeto, depositó ante ella las viboritas, aguardó a que las comiera, y después dijo:

—Grande era mi deseo de hablar contigo, y por eso he venido. Seguramente meditabas.

—Así es, en efecto — dijo la cigüeña.

—Por eso — agregó el enanito — hubiera preferido llegar en otro momento.

—Me encontrarías siempre igual. Todas las horas son pocas para pensar.

—Me duele interrumpirte, pero quizás sea mejor ahora, y no después.

—Después he de preocuparme de mi nido — dijo la cigüeña.

—Lo sé, lo sé — dijo Julián, — y como de costumbre lo harás en las alturas.

—En esto reflexionaba — explicó la cigüeña. — Porque has de saber que el zorro descubrió un día en el campo nuestro nido y devoró a las preciosas e inocentes cigüenitas que habían quedado solas.

—¡Mal bicho el zorro! — exclamó el enanito. — ¡Es desalmado, sanguinario y cruel!

—Veo que lo conoces — dijo complacida la cigüeña. —

Al año siguiente repitió su crimen. Al enterarnos de tan horrible desgracia meditamos muchos meses para librarnos de



ese feroz enemigo. Entonces resolvimos anidar en los techos de las casas, y mejor aún si son altas, y mejor aún en los campanarios. Y cuando estoy posada en la pata izquierda, pienso en que parece mentira que exista un canalla que devore a los hijos ajenos. Y cuando estoy sobre la pata derecha pienso que si no hubiera techos y campanarios ¡ya no existirían cigüeñas en el mundo!

—Así es la verdad — dijo Julián. — Aquel crimen merece abominación.

—Bien dicho: ¡abominación! — confirmó la cigüeña; y Julián prosiguió diciendo:

—¡Poco comprenden los malvados zorros la ternura con que amas a tus hijos y el cariño y la abnegación que les consagras! Y es por ellos, por los pequeñuelos, que he venido a verte.

—Los últimos que tuve son ahora tan grandes como yo — aclaró con orgullo la cigüeña.

—No se trata de ellos — dijo Julián, — sino de otros pequeñuelos: los de la Isla de los Bebitos, que seguramente tú conoces.

—Algunas veces pasé por allí en mis viajes — dijo ella.

—Entonces, ¿habrás visto la cantidad de bebitos esperando que los traigan adonde está su madre? — preguntó Julián.

—Tengo entendido — repuso la cigüeña — que esa tarea se halla encomendada a las garzas.

—Así es, en efecto — aclaró el enanito, — pero tú sabes que son muy distraídas, olvidadizas e irritable. Da mucha pena ver a tantas madres aguardando anhelosamente a su bebito. Las garzas dicen que sí, que mañana, que se habían olvidado, que esperen otro poco... ¡Ya no es posible tener confianza en ellas! Hay una madre afligida hace cinco años... ¡Cinco años que llora todos los días por su bebito, y el bebito no llega!

Impresionada la cigüeña vieja, levantó la pata izquierda, se paró en la derecha y murmuró:





—¡Una madre!... ¡Una madre que llora!... ¡Una madre que espera hace cinco años a su bebito!

Conocedor del corazón de las cigüeñas, Julián calló y esperó.

Tanto tiempo permaneció ella meditando, que el enanito se sentó en el suelo porque ya no podía tenerse en pie y daba por seguro que no volvería a su tonel antes que anocheciera.

Cada vez que cambiaba la pata en que se apoyaba, Julián se ponía de pie con la esperanza de que hablase; pero seguía en su mutismo, y él volvía de nuevo a echarse sobre la arena y a esperar, con su paciencia inacabable.

Al cabo rompió el silencio y dijo:

—¡He comprendido! Tú quieres que yo traiga su bebito a esa señora.

—¡Así es, amiga mía! — exclamó Julián.

—Unicamente — dijo la cigüeña — porque tú me lo pides, porque sé cuán bueno eres, porque te has compadecido de una mujer.

—¡Gracias, gracias! — dijo el enanito.

Y agregó la cigüeña:

—Iré mañana mismo.

Al escuchar tal promesa, el enanito exclamó:

—¡Ojalá que en todas las lagunas a las que tú te acerques, sean tantos los pececillos y los renacuajos como las gotas de agua! ¡Ojalá que en la tierra que tú pisas las viberitas y las lagartijas abunden más que la hierba!





Después de dar Julián a la cigüeña los datos de la casa de la señora de Quintín, le rogó que visitara su tonel, y despidiéndose emprendió el regreso.

Bien sabía Julián la importancia de la promesa, y por ello marchaba rebosante de alegría.

Cuando la cigüeña vieja trajera el primer bebito, no tardarían las demás en imitarla, y como ellas anidan sobre las casas, fácilmente les haría cada mamá su pedido.

Llegó Julián al tonel ya muy entrada la noche. Halló a Ramona dormida, la besó y arrodillándose dijo:

—¡Gracias te doy, Dios mío, por haberme permitido hacer una obra de bien!

Y en cuanto puso la cabeza en la almohada, se durmió como un niño.

Nº había salido aún el sol cuando la cigüeña emprendió vuelo.

La Isla de los Bebitos está en medio del mar y es tan pequeña y tan alejada de las rutas de la navegación que jamás llegó a ella ningún barco.

El contorno de la isla está formado por altas montañas de piedra desnuda, que nadie osaría escalar; pero hay en el centro un valle con un jardín hermosísimo. A orillas de los arroyuelos que cruzan este jardín viven en palacios el rey de las aves, el de los mamíferos, y el de las plantas. Otro palacio, el más hermoso de todos, y el más grande, es el de los bebitos.

Nada falta en aquel jardín oculto por las montañas para el encanto de los ojos, de los oídos y del olfato. Lozanas flores em-



balsaman el aire con su exquisita fragancia. Innumerables pájarillos cantan su sana alegría, y hasta el picaflor pone en trinos melodiosos la dulzura del néctar de las flores.

Pero todo es pequeño, tan pequeño que los más altos árboles no son mayores que un rosal común y los rosales no se elevan a más de un palmo del suelo. También los animales son muy chiquitos, aunque perfectos en su forma.

Se cree escuchar el canto de un pajarillo, y es la bandada entera que canta al mismo tiempo.

En esta isla los colores cambian con el viento.

Si sopla viento Sur prevalece el color azul; si el Este, el

amarillo; si el Oeste, el verde, y cuando sopla el Norte domina el color rojo.

El blanco y el negro, sin embargo, no sufren variantes.

Todo esto aumenta las bellezas de la Isla de los Bebitos, que es sin duda el más delicioso sitio del planeta.





Los únicos seres de tamaño común son allí las cigüeñas, de manera que cuando llegó la cigüeña vieja no sorprendió a nadie.

Ella sabía que primero tenía que ir al Palacio de las Aves. Fué, saludó al cóndor, que era más pequeño que un zorzal, y le pidió permiso para ir al Palacio de los Bebitos, y el cóndor le dijo que sí.

Luego entró en el Palacio de los Mamíferos. Allí saludó al león, que era como un perro muy pequeño, y el león también le dió el permiso que reclamaba.

Después tuvo que ir al Palacio de las Plantas y repitió su saludo y su súplica ante la orquídea mayor, que se inclinó en señal de asentimiento.

Sólo entonces podía llegar al Palacio de los Bebitos, todo blanco, custodiado por cigüeñas; unas que se pasean como soldados, otras que están inmóviles, apoyadas en una sola pata. Gobierna este palacio una cigüeña que tiene un penacho blanco en medio de la cabeza y un collar de plumas color rubí en el pescuezo.

Grande error fué confiar a las garzas la tarea de llevar a los bebitos. Las garzas, celosas de que las cigüeñas gobernaran el palacio, venían lo menos posible, y cuando lo hacían se mostraban tan groseras, impacientes y coléricas que las cigüeñas se negaban a entregarles los bebitos, temerosas de que los maltrataran o los dejases caer en el mar.

Había que entrar en el palacio entre una larga y espaciada fila de cigüeñas. Cada cigüeña hacía una pregunta por turno a medida que el solicitante se detenía ante ella.

Las preguntas eran las siguientes:

Para quién era el bebito, si se comprometía a llevarlo con seguridad, cuánto tiempo hacía que la mamita lo deseaba, si quería varón o niña, rubio o moreno, con pelito o con la ca-



becita lisa, qué color debían tener los ojos, qué nombre iban a ponerle, si tenían ya la cuna preparada, si antes habían llevado algún bebito a la misma casa y varios detalles más.

Si quien busca el bebito no contesta ligero y sin equivocarse a todas las preguntas, tiene que retirarse sin llevarlo.

La cigüeña vieja contestó a todo muy bien, aguzando su ingenio cuanto pudo, pues la verdad era que traía escasos datos.

Cumplida esta ceremonia bastante larga y engorrosa, las preguntonas se retiraron.

Después de un rato apareció otra cigüeña, con las puntas de las alas rojas, y la hizo entrar en una sala muy linda. Esperó allí hasta que apareció la cigüeña que gobierna el palacio, la del penacho blanco en la cabeza y el collar de rubíes en el pescuezo, y le entregó un bebito precioso, con el cuerpo son-

rosado, el pelito rubio y los ojos azules, todo igual a lo pedido.

De inmediato la cigüeña vieja emprendió vuelo en línea recta hacia la casa de los Quintín, quienes recibieron al bebé con extraordinario regocijo.

Tal como Julián lo había supuesto, las otras cigüeñas imitaron a la cigüeña vieja, y desde aquel día se las ve de continuo sobre el mar, en sus viajes de ida y vuelta a la Isla de los Bebitos.

PASARON dos semanas y la cigüeña vieja visitó a los enanitos, de acuerdo con el pedido de Julián.

Entró en el tonel con la confiada alegría de todos los animales amigos de los enanitos, y comió con placer las golosinas que Julián le presentó.

Después la cigüeña dijo:



—Tuve la suerte de acertar en todo con los deseos de la señora de Quintín; el bebito fué enteramente de su gusto. Y ahora son las cigüeñas las encargadas de traer a los bebitos, y me alegra, porque así sabrá la gente que no somos malas.

—¡Eso, nadie lo duda! — dijo Julián.

—¡Buenas a más no poder! — agregó Ramona.

—Ojalá consigamos — dijo la cigüeña vieja — borrar la mala opinión que se habrán formado de nosotras por culpa de la que maltrató al Mono Relojero y por aquella que se comió a las ranitas.

—En todo hay excepciones —, dijo Julián. — Una golondrina no hace verano, y comer para vivir no es un delito.

—Ranas y ranitas — dijo la cigüeña — nada tienen que hacer en este mundo. Ellas están aquí para ser comidas y nosotros estamos para comerlas. Son muy ricas, por cierto, y ten



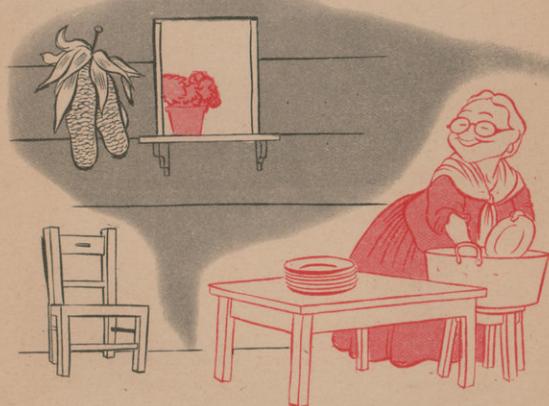
la seguridad de que muy poco pierden al pasar de la charca a nuestro buche. En cuanto al Mono Relojero, no cabe duda de que halló la horma de su zapato, pues dió con la única cigüeña loca que se ha conocido, ya que solamente loca de remate pudo creer en los desatinos de aquel ambicioso mono.

—Es una injusticia — dijo Ramona — atacar a ustedes para defender a un mono charlatán, enceguecido por el afán de enriquecerse.

Y Julián agregó:

—Ustedes son muy buenas y muy útiles, y nosotros las amamos con todo nuestro corazón.

Al despedirse, la cigüeña vieja les prometió visitarlos dos veces cada mes. Así lo hacía siempre, y lo principal de estas visitas eran los manjares que Julián reservaba para su amiga, y que ella saboreaba con deleite.



QUIEN mucho ama mucho puede, decían los enanitos, y levantaban la mano para indicar a Dios misericordioso, que desde el cielo vela por nosotros.

Pancho les traía las noticias que les interesaban. Un vecino dejaba su vaquita a la intemperie, durante las frías noches del invierno; el perro de alguien padecía hambre y sed atado con cadena; otros menospreciaban el trabajo de los demás, o perseguían a los pájaros bienhechores del agricultor, pues se alimentan de los insectos que atacan a las plantas; o por ignorancia mataban a los sapos, que son tan útiles; o no querían enviar a sus pequeños hijos a la escuela; o destruían los nidos de las golondrinas.



Enterados de estos y de otros errores, debidos más que todo a la ignorancia, los enanitos aprovechaban sus visitas de la tarde para buscárselos remedio, y a fuerza de paciencia y de dulzura lo conseguían.

En las noches de lluvia, como no podían salir para sus manejos en los sembrados, Ramona tejía prendas de abrigo y Julián trabajaba de zapatero. Todo era para los niños más necesitados. Y llegaban estos obsequios a los favorecidos sin que nadie supiera quién los traía.

MUY preocupados están los Enanitos Jardineros en la víspera de Reyes. Saben que todos los niños dejarán esa noche sus zapatos en espera del anhelado regalo; saben

también que muchos hogares no serán visitados por los Reyes Magos.

Después de tomar como desayuno pan y queso, un poco de café y unos sorbos de agua fresca, Ramona se pone de rodillas y dice:

—¡Dios todopoderoso! ¡Tú que todo lo sabes y que todo lo puedes, ayúdanos para que ningún niño espere inútilmente la llegada de los Reyes! ¡Haz que todos ellos tengan su alegría!

Mientras así reza su plegaria, llora con tal inconsuelo que Julián, a su vez, se siente conmovido, y dándole la espalda para secarse los lagrimones que corren por su cara y por su barba, dice fingiendo enojo:

—¡Déjate de lágrimas! ¡Parece mentira que tengas tan poca confianza en Dios! ¡Vamos ahora mismo a la escuela y verás hasta dónde alcanza su bondad!

AQUELLA idea que van a poner en práctica es la única esperanza, y sin demora emprenden la marcha hacia la escuela.

Al explicarle al maestro la situación de tantos pobrecitos, él les daría los juguetes necesarios.

Pero el maestro, después de escucharlos, dice:

—Yo nada puedo darles, porque nada poseo; pero si a ustedes les parece bien los acompañaré hasta la casa del señor Gastón, que es el gobernador y el más rico del pueblo, y como no tiene hijos, quizás atienda la súplica de ustedes.

Fueron allá los tres. La casa del señor Gastón es tan grande y lujosa que los enanitos se miran asustados al entrar. Suben por ancha escalera de mármol cubierta de alfombra roja.

Un criado los lleva al escritorio del señor Gastón, quien los saluda afectuosamente y los invita a tomar asiento. Pero el maestro, con un ademán, le recuerda que los enanitos tendrían



no poco trabajo para encaramarse en aquellos altos sillones, y permanecen todos de pie.

—Bien — dice don Gastón. — Yo sé quiénes son ustedes; sé que son muy buenos y los aprecio de veras. Veamos qué desean.

Entonces Julián toma la palabra y dice:

—Hemos venido, señor, para hacerle, con su perdón, una pregunta sobre los Reyes Magos.

—Explícate, a ver si puedo contestarte — dice el señor Gastón.

—Esta noche — prosigue Julián — todos los niños dejarán sus zapatos donde los Reyes Magos puedan verlos. Nosotros, señor, venimos a preguntarle si el ansiado regalo corresponde a algunos niños o a todos.



—¡A todos! ¡Nadie puede dudarlo! — exclama el gobernador.

—En ese caso — dice Julián alborozado, — sucederá tal como usted lo dice. Todos tendrán su regalo.

—¿Por qué?

—Porque basta que usted lo diga y basta que usted lo quiera, y Dios se lo ha de pagar! — aclara Ramona con su vocecita que parecía el canto de un pájaro.

—¡Comprendo! — dice el señor Gastón, sonriendo. — Esto significa que ustedes han pensado que yo entregue lo necesario para los niños pobres... La idea no es mala; pero ¿cuántos son?

Saca Julián un rollo de su bolsillo y empieza a desenvolverlo.

La tira de papel es tan larga que se extiende por el suelo mientras él da pasitos hacia atrás.

—Aquí están los nombres — dice. — Son doscientos treinta y dos.

—Bien — dice el señor Gastón. — Esta vez no quedará ningún niño sin el regalo de los Reyes. ¿Adónde he de enviarlos?

—A nuestra casa — respondió Julián.

Sonrió de nuevo el señor gobernador al oír llamar casa al tonel, y dijo:

—Irán en seguida.

—En seguida, no — suplica Ramona. — Mándelos usted de noche, para que nadie se entere.

A ver llegar el enorme carro colmado de juguetes los enanitos casi se desmayan de alegría.

A medianoche empiezan los dos juntos el reparto. Corren como enloquecidos de casa en casa, de ventana en ventana, para poner los regalos en los zapatos vacíos.

Ya aclara, ya viene el día, cuando terminan aquel fantástico reparto.

Se sienten tan fatigados que a gatas suben la escalerilla del tonel. Beben unos sorbos de agua, y Julián dice:

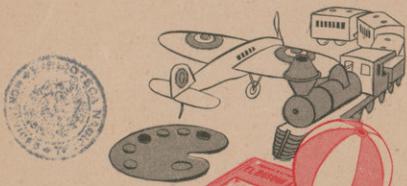
—¡Habrá que conseguir que todos los años sea lo mismo que ahora!

—Si pudieses — exclama Ramona — ir hasta donde están los Reyes Magos, como fuiste adonde estaba la cigüeña, y les pidieras que no olviden jamás a los chiquitos que no reciben regalos!...

—Iré, iré, si Dios quiere! — afirma Julián, con la voz temblorosa de emoción.

Y con esta idea divina, que los hace sonreír de dicha y de ternura, quedan los dos enanitos profundamente dormidos.

Constancio C. Vigil.



FIN

ESTA CUARTA EDICIÓN DE

LOS ENANITOS JARDINEROS

SE IMPRIMIÓ EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL ATLÁNTIDA EL MES DE NOVIEMBRE DE 1949.





BIBLIOTECA INFANTIL ATLANTIDA

CUENTOS DE CONSTANCIO C. VIGIL



1. Misia Pepa
2. Los Chanchín
3. El Mono Relojero
4. Muñequita
5. Los Ratones Campesinos
6. El Sombrerito
7. Tragapatos
8. Botón Tolón
9. La Hormiguita Viajera
10. El Manchado
11. La Dientuda
12. La Familia Conejola
13. La Reina de los Pájaros
14. Chicharrón
15. El Bosque Azul
16. Juan Pirincho
17. Los Enanitos Jardineros
18. Los Escarabajos y la Moneda de Oro
19. Cabeza de Fierro
20. El Imán de Teodorico
21. La Moneda Volvedora
22. El Casamiento de la Comadreja



"Los cuentos de Vigil tendrán incalculable influencia en las nuevas generaciones. Estos son libros que reclaman mucha sabiduría. Ellos plasman el hombre del porvenir. La humanidad es aún tan pobre de mentalidad y de corazón porque no ha comprendido todavía cuán grave, cuán permanente y decisiva es la influencia de las primeras lecturas". — Ricardo Herrera Iriarte.

LIBRO EDICION ARGENTINA